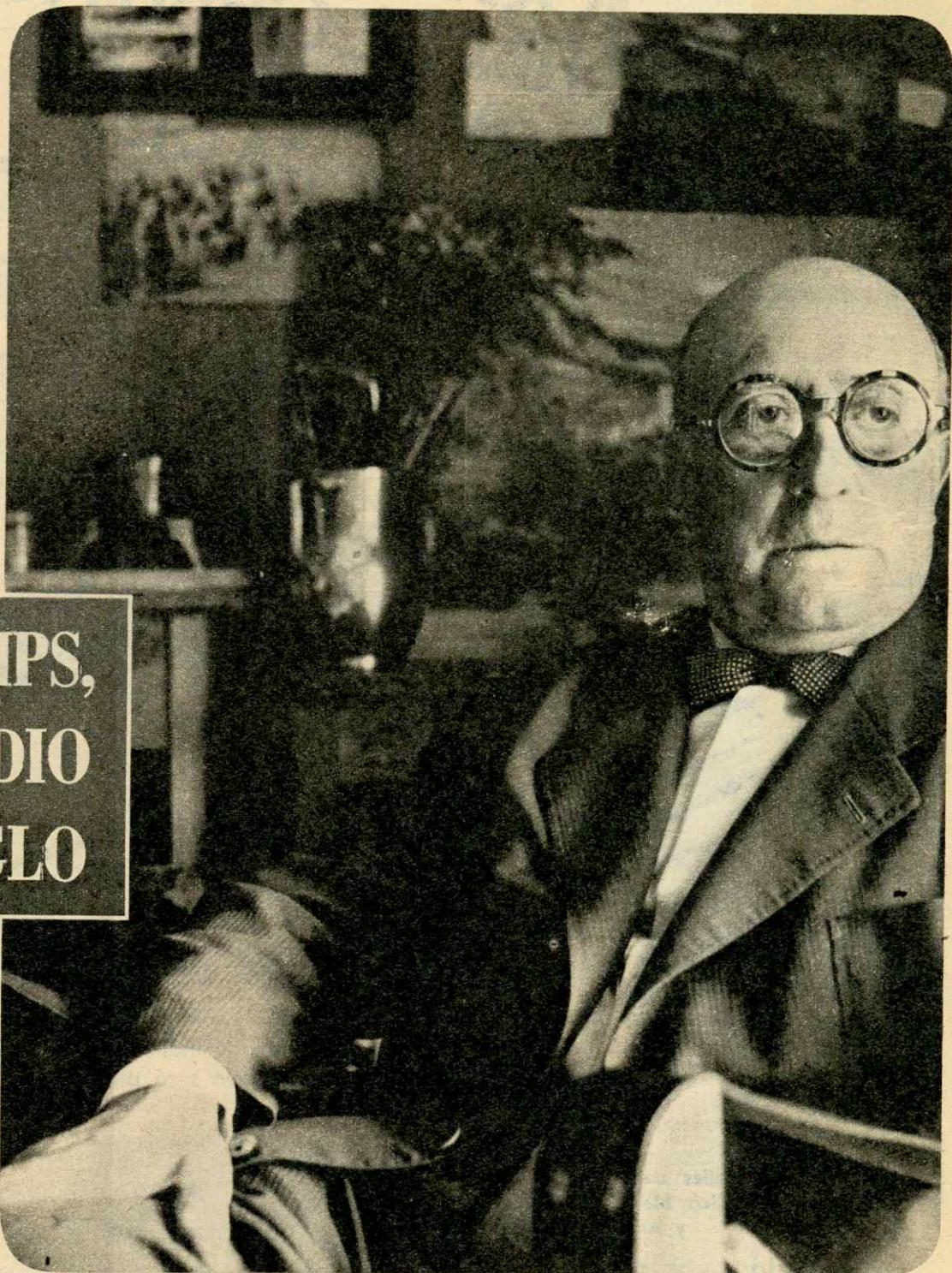


## DE LAS ARTES

Montserrat Sagarra



# DURANCAMPS, MEDIO SIGLO

Por Marino  
GOMEZ-SANTOS

A punto de pisar la raya de los ochenta años, Durancamps mantiene tenso el espíritu para seguir trabajando en su taller barcelonés o frente al mar de la Costa Brava. Firme en sus conceptos, los mantiene a ultranza y es esto lo que le tiene en pie de guerra, año tras año.

Cuando llega el otoño abandona el taller, donde quedan las telas pintadas en los meses de primavera y estío—el mar de Cadaqués; una copa de cristal con rosas; el baile de sardanas al atardecer, en Sitges; un libro abierto—y se traslada a Castilla para seguir el rastro de la perdiz o

asomarse a la fiesta de toros en la incomparable plaza de Chinchón.

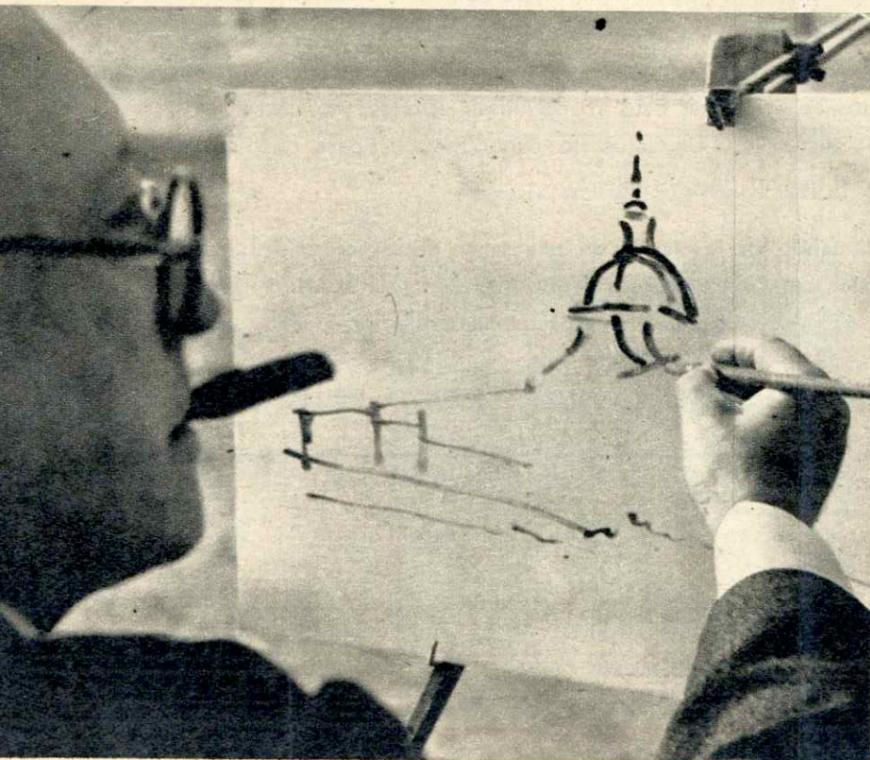
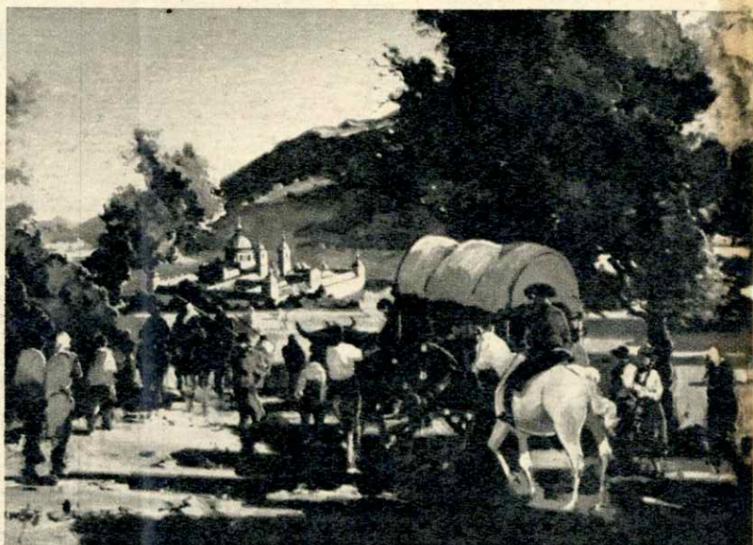
Y siempre, en los primeros días de noviembre—desde hace medio siglo—, Durancamps comparece en Madrid, con su obra. En la Sala Cano, desde cuya puerta se ve el panorama madrileño siempre sorprendente de luz, con la fuente de Neptuno y la iglesia de los Jerónimos al fondo, Durancamps monta su cuartel general.

—Cumpló, efectivamente, medio siglo de amor a Madrid. Durante el resto del año pinto al aire libre o en mi estudio, y raro es el día que no surja algo que me recuerde una mañana en el Paseo del Pra-

do, en San Antonio de la Florida, o la luz de la calle de Alcalá a las seis de la tarde, en la semana de San Isidro.

—¿Cuándo comienza su verdadero éxito como pintor en Madrid?

—A partir de mi gran evolución, al decidir despegarme de la pintura casi abstracta, que estaba encuadrada en el impresionismo catalán, donde militaba, entre otros, Joaquín Mir. Aquel fue un modernismo que tuvo un desarrollo efímero, como todo lo que es moda. Creo que la evolución lógica del progreso humano va de la nada al logro más exigente, que es la perfección. En palabras más exactas,



proclamadas por Eugenio d'Ors: "la obra bien hecha es la que perdura". En la moral y en el arte hay que seguir el camino recto, sin evoluciones demasiado bruscas. No se puede, con sensatez, cambiar de concepto de una manera radical, como tampoco se cambia de religión.

Para Durancamps, Madrid ha sido piedra de toque. Durante muchos años trabajaba en París o en sus playas de Cadaqués y Sitges; pero siempre sentía la necesidad de volver a la meseta, al aire fino del Guadarrama, al encuentro con la sociedad madrileña.

—Acostumbradas las grandes casas de España a vivir en Madrid, por su capitalidad, hacia los Medinaceli, Alba, Osuna —entre tantos—coleccionasen en sus palacios pinturas de los grandes maestros, desde antes del Renacimiento, y que recibiesen en sus salones a los pintores de la Corte. Esta sensibilidad fue transmitiéndose durante generaciones, y así se da el caso de que algunas familias que han encargado directamente retratos a Goya, que conservan, continúan en la actualidad comprando pintura.

Durancamps viene tirando de la carreta del arte durante muchos años, sin hacer cabriolas.

—Puede decir que, en todo momento, Madrid me ha recibido con los brazos abiertos.

—¿Qué ha supuesto Chinchón en la vida del pintor Durancamps?

—El descubrimiento de la fuerza humana y plástica que tiene una fiesta de toros en Castilla. Por ahí salí directamente a las capeas, que son un tema español, único en el mundo. Y digo esto, al tiempo que confieso que no soy aficionado a la Fiesta Nacional, que encuentro pesada. Es un alarde de valentía y de raza, aunque hay que señalar un cierto afeminamiento en esos perfiles carnosos y en las pantorrillas con medias rosas. Me gusta más la fiesta en los pueblos, sobre todo a la altura del último toro, cuando comienza a ocultarse el sol y quedan en la penumbra esos montes con su castillo abandonado. O esas tardes en las que el cielo se torna aborregado y dramático. Esta es la España de santos, quiotes, héroes y gentes con inquebrantable fe.

Durante su estancia en Madrid, Durancamps pinta cartones: las salas del Museo del Prado, paisajes periféricos o urbanos, notas de color que luego serán recreadas en el lienzo.

—En Madrid es fino el pueblo, al igual que el aire y el color. Su cielo es para mí el más bello de Europa. La elegancia y la delicadeza está en cualquier lado donde se mire. Por eso no estoy de acuerdo en que la Escuela madrileña esté integrada, al decir de algunos críticos, por Solana y otros autores de pintura negra y mugrienta. La verdadera Escuela de Madrid empieza en un pintor tan elegante, delicado y genial como Velázquez. La Escuela de Madrid es algo que está por encima de esa

temática sucia de barrios bajos, carnavales callejeros, coristas desdentadas... En ese retrato maravilloso de la Condesa de Chinchón, pintado por Goya, como lo son los frescos de San Antonio de la Florida...

—¿Cómo definiría usted al pintor Durancamps?

—Creo que tengo en esto una idea clara: como un romántico. Romanticismo, un poco enfermo de tantos deseos de pudor y de sincero amor al arte y a la vida. Esta es una reacción lógica ante tanta largueza para proclamar el impudor en la vida y en el arte.

Preguntamos a Durancamps que cómo ve el futuro próximo de la pintura.

—Será un retorno a la obra bien hecha. Nuestro cuerpo y nuestro cerebro están constituidos para vivir al lado de una fuente y a la sombra de un árbol; pero no para veranear en la Luna. Los elementos de nuestra naturaleza tienen una cierta limitación, al igual que el arte. A mí las propagandas norteamericanas o rusas no me hacen perder ni un cuarto de hora. Dentro de veinte años no habrá nadie que gaste un dólar en esta utopía espacial, aunque se haya llegado a poner el pie humano en la Luna. Esta es una fantasía, al igual que la pintura abstracta.

En este último año, Durancamps se ha decidido a escribir un libro que titula "Recuerdos de mi vida", en el que relata su larga experiencia profesional. Pri-

mero sus años de juventud, cuando estaba en pleno auge la Escuela catalana de los grandes maestros y más tarde su temporada en París.

—No me he propuesto, al escribir este libro, sacar a la luz vanidades o miserias humanas, sino hablar muy claro a la juventud, que es la que siempre acaba pagando las consecuencias de tanta maniobra industrial a costa del arte. Soy testigo de muchas cosas que pueden servir de lección a los que empiezan con fe y que están expuestos siempre a ser engañados por falsas "escuelas" y "grupos inconformistas".

Recientemente, ha creado la Fundación "María Casas de Durancamps", en recuerdo de su mujer, colaboradora ejemplar, que se ha ido de entre nosotros.

—Esta Fundación concederá un premio anual de pintura figurativa a nivel de nuestro abolengo artístico, que puede parangonarse con el mejor del mundo. María me ayudó a perseverar en la línea que he mantenido y justo es que le rinda este homenaje. La Prensa de Madrid y Barcelona convocarán oportunamente este premio, que no será uno más, sino un estímulo verdadero para aquellos artistas que merezcan la pena.

Este caballero de la pintura española vive para su obra; pero piensa también en la juventud que ahora rompe a caminar por la selva peligrosa del arte.